

El barrio, Espacio y tiempo

José Luis Lee*

El barrio es una forma de organización concreta del espacio y del tiempo en la ciudad

Henri Lefebvre

Uno de los principales problemas que se presentan al tratar de aproximarse al fenómeno urbano como realidad global es diferenciarlo en sus dimensiones espacio temporales, ya que al presentársenos *in toto*, como una construcción histórica (Argan), las transformaciones producidas en el espacio y en el tiempo de la ciudad adquieren singular importancia y más aún cuando el barrio es “donde el espacio y el tiempo de los habitantes toman forma y sentido en el espacio urbano”¹.

Sabemos que la aplicación del concepto de espacio puede dar lugar a múltiples interpretaciones, por lo que es conveniente precisar el sentido o los sentidos en que será aplicado en este texto.

Las continuas reflexiones en torno a la relación del ser humano con la naturaleza, del sujeto con el objeto, idea y materia no son nuevas; a lo largo del tiempo el predominio de las explicaciones o de las descripciones en torno a la realidad han puesto mayor interés en uno u otro aspecto de estos pares dialécticos, contruidos conceptualmente en el terreno de la filo-

sofía y desarrollados por la ciencia, sin embargo, la interpretación unilateral tiende a fragmentar la realidad global, poniéndole límites a su aplicación concreta.

De igual manera, la construcción del concepto espacio ha sido sujeta a tales interpretaciones que tienden a anularse y a contradecirse y que al formar parte de una misma realidad sólo encontrarán solución en el terreno de la lógica dialéctica, permitiendo su desarrollo pleno como concepto así como el desarrollo de las ulteriores concreciones que de él derivan.

Desde esta perspectiva, el concepto de espacio puede estar relacionado con la naturaleza (macrocosmos y microcosmos) físico ambiental configurándose como lugar físico o como espacio físico; con el ser humano como el sujeto capaz de ocupar un lugar físico, de construir un espacio mental abstracto (epistemológico, matemático, simbólico, perspectivo, utópico) o bien como sujeto objeto capaz de ocupar un lugar social, espacio social, construido a partir de sus experiencias como sujeto al relacionarse con el objeto (urbano, arquitectónico) o con otros sujetos (psicológico, sociológico, político, antropológico).

Es así que el espacio como forma pura no existe, pues al ser materia idea, puede ser descrito o bien explicado a partir de los contenidos y características mencionadas. El espacio, al ser una abstracción que se construye a partir de la realidad concreta, lugar de la materia objeto en movimiento, para volver a ella desarrollándose independientemente del sujeto y sin embargo percibida y vivida por este

sujeto de tal modo que “el espacio jamás es ni neutro ni puro —por lo que se establece una distancia entre la problemática del espacio vivido y la del espacio epistemológico, planteado éste como neutro”.² De tal manera que ... “la forma pura del espacio, desprendido de todo contenido (sensible, material, vivido, práctico) es una esencia, una idea absoluta (Platón, Descartes y Kant)”³.

Permanecer en el terreno de las ideas absolutas como noción del espacio mental desarticulado de lo social, de lo teórico y lo práctico, de lo ideal y lo real nos llevaría a concebir el espacio como una entidad metafísica, es decir, como “devenir, eterno devenir, infinita melodía del devenir, triunfo sobre todo ser, revelación del éter no más allá que trasciende de toda corporeidad. El espacio es la conciencia metafísica” (Worringer).⁴

El ser humano, al ser el sujeto que percibe, representa y concibe el espacio, tiende a apropiárselo y a organizarlo a partir de la imagen que se hace de él, de la evidencia sensible y de la percepción inmediata del mundo real, poniéndose a sí mismo en el centro de este último.

“Una fenomenología del espacio, como una fenomenología del tiempo, ten-

*Profesor investigador del Departamento de Síntesis Creativa

¹ Henri Lefebvre, *De lo rural a lo urbano*. Ed Península, Barcelona, 1973, p. 202.

² Henri Lefebvre, *Espacio y política*, Península, Barcelona, 1976, p. 27.

³ Henri Lefebvre, *Ibid.*, p. 28.

⁴ Juan de la Encina, *El espacio*, UNAM, México, 1978, p. 96.

drá su punto de partida en el lugar que ocupa mi cuerpo".⁵

Establece entonces diversas maneras de relacionarse con el espacio, relaciones entre lo individual y lo colectivo, lo privado y lo público, lo interior y lo exterior, permitiéndole articular el espacio mental con el espacio social haciendo posible poder proyectar, construir o producir espacio, espacio físico, espacio empírico, espacio urbano.

El espacio abstracto no tiene vida y por consiguiente no hay fuerza creadora que le dé expresión... En cambio, el espacio atmosférico (real) tiene una especial vida interior que actúa inmediatamente sobre nuestros sentidos, y ofrece así un instrumento a nuestra energía morfogénica (Leibniz).⁶

Cuando concebimos al barrio como una expresión del fenómeno urbano que se concreta en la ciudad como una entidad sociofísica, y como lugar de síntesis dialéctica entre el espacio social y el espacio físico, nos referimos al espacio vivido por sus habitantes, mismos que le dan forma y sentido al espacio urbano. "El espacio es, por consiguiente el producto de una interacción entre el organismo y el ambiente que lo rodea en que es imposible disociar la organización del universo de la actividad misma" (Piaget).⁷

Como resultado de esta interacción, la conceptualización y la configuración del espacio urbano aparece indisoluble; sin embargo, las diversas relaciones entre sujeto y objeto nos permiten una progresiva diferenciación de los lugares contenidos en dichos espacios, produciendo una diferenciación en el medio físico y en el medio social de tal manera que tal diferenciación "sirve, a la vez, de base a una diferenciación de los objetos físicos entre ellos (esto y aquello), y una diferenciación entre personas (yo-tú-él)". (Cassirer).⁸

A partir de esto es posible diferenciar las distintas formas de apropiación del espacio, estratificándolo en sucesivos "caparazones", perspectivas subjetivas. "Estos caparazones aparecen bajo dos aspectos: un aspecto topológico, y un aspecto onto-genético ligado al desarrollo humano, en metódica conexión entre el desarrollo del ser personal y del espacio culturizado".⁹

Es importante señalar que la idea de los caparazones puede ser sujeta a la interpretación aristotélica de la cual Bachelard, al hablar de la necesidad del realismo de considerar que el lugar sea fijado de antemano, señala que "el lugar aparece así como la primera cualidad existencial, cualidad por la que todo estudio debe empezar y acabar [...] El realismo sólo pone en juego una realidad topológica: la de contenido con el continente. Por ello multiplica las envolturas alrededor de una realidad fija, encerrando lo real, para estabilizarlo" (tal concepción de lo real, al no considerar la dimensión temporal detiene las posibilidades de cambio y transformación de lo real, condición fundamental de la materia idea en movimiento constante en el espacio "El principio de vecindad está en la base de toda noción de distancia y es mucho más general y fructífero que el principio de las envolturas sucesivas y concéntricas de Aristóteles. A través de él concretamos nuestros axiomas convencionales y, al mismo tiempo, racionalizamos nuestra experiencia".¹⁰

Esta noción de vecindad considera, al igual que Heidegger, que no puede disociarse al hombre del espacio y por lo tanto la existencia de éste con su forma espacial, de tal manera que "la relación del hombre con los lugares y, a través de ellos, con los espacios, consiste en la residencia (propiedad esencial de la existencia)"... Así tenemos que los espacios reciben su esencia de los lugares y no del espacio",¹¹ de ahí la importancia del análisis topológico, del espacio ya que

la lógica del lugar nos expresa en su propia estructura la dialéctica entre razón e historia, por ello la lógica de representar lugares siempre ha comportado un equilibrio entre experiencia y racionalización [...] la lógica del lugar marca siempre la medida bajo la cual la humanidad es capaz de representarse a sí misma.¹²

Así, tenemos que

las primeras relaciones que aportan orden a esos espacios (separados) son de una índole topológica y se establezcan aún antes de la constancia de la forma y tamaño. La topología no trata de distancias, ángulos y áreas permanentes, sino que está basada sobre las relaciones tales como proximidad separación, sucesión clausura (interior exterior) y continuidad (Piaget).¹³

El espacio físico, al ser una de las formas como se expresan estas relaciones de lugares, ha tratado de ser definido como infinito y homogéneo por la geometría euclidiana, traduciéndolo a un sistema de coordenadas cartesianas y ortogonales, sin embargo la geometría no euclidiana y la teoría de la relatividad se han encargado de demostrar que la geometría no es una característica de lo físico y que al espacio tridimensional habría que agregarse la serie de acontecimientos producidos en la dimensión temporal.

El "espacio" designa la evidencia aparente de las relaciones físicas entre objetos materiales concretos o su abstracción en el pensamiento, a pesar de que ellas sean de naturaleza totalmente diferente, si pasamos de su descripción aparente al análisis de su esencia en cualquier ámbito específico del conocimiento científico.¹⁴

Al interferir directamente en un mundo tridimensional, la percepción del espacio del ser humano implica una construcción gradual,

Piaget indica que nuestra "conciencia del espacio" está basada sobre esquemas operativos, es decir, experiencias con co

⁵ Abraham Moles y Elizabeth Rohmer, *Psicología del espacio*, Ed. Ricardo Aguilera, Madrid, 1972, p. 14.

⁶ Juan de la Encina, *Op. cit.*, p. 17.

⁷ Christian Norberg-Schulz, *Existencia, espacio y arquitectura*, Blume, Madrid, 1976, P. 20.

⁸ Henri Lefebvre, *De lo rural...*, p. 201.

⁹ Abraham Moles y Elizabeth Rohmer, *Op. cit.*, p. 54.

¹⁰ Josep Muntaniola, *La arquitectura como lugar*, Gustavo Gili, Barcelona 1979, p. 26.

¹¹ Christian Norberg-Schulz, *Op. cit.*, p. 18.

¹² Josep Muntaniola, *Op. cit.*, p. 30.

¹³ Christian Norberg-Schulz, *Op. cit.*, p. 20.

¹⁴ Emilio Pradilla, *Contribución a la Crítica de la "Teoría Urbana"*, UAM-Xochimilco, 1984, México, p. 35.

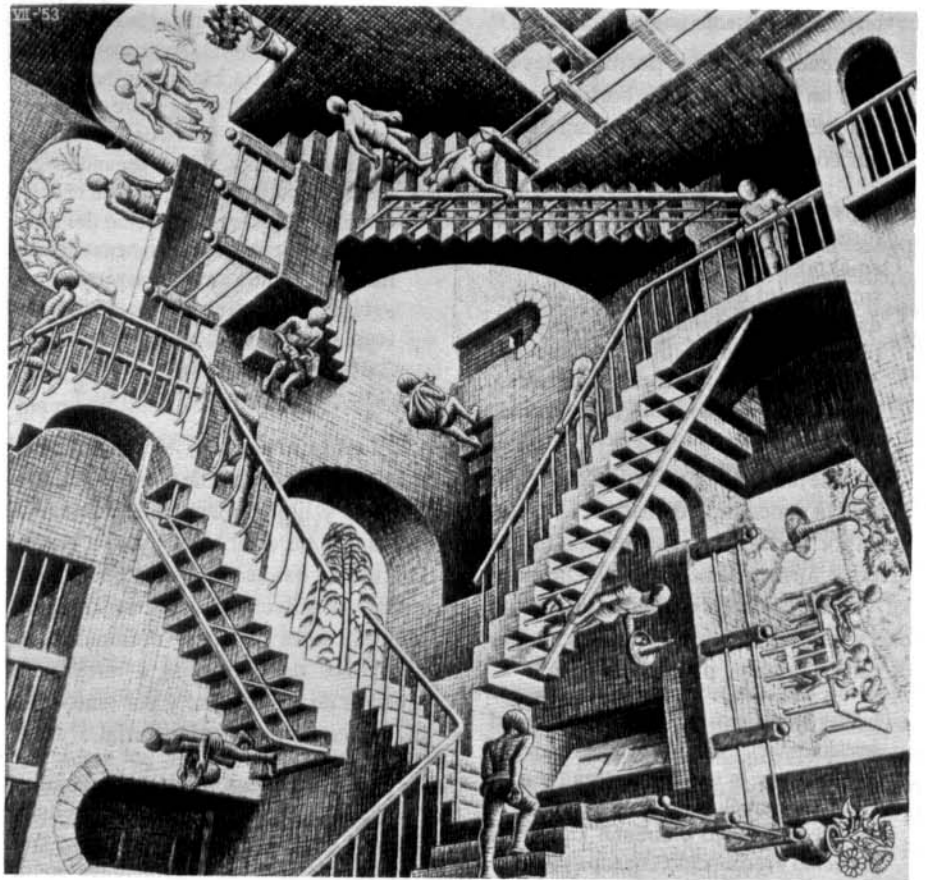
sas. Los esquemas espaciales pueden ser de muy distintas clases y el individuo posee más de un esquema capaz de permitirle una percepción satisfactoria de diversas situaciones.

Los esquemas son culturalmente determinados y comprenden propiedades cualitativas resultantes de la necesidad de una orientación afectiva hacia el entorno.¹⁵

Desde esta perspectiva, el barrio puede ser considerado un “esquema espacial”, resultado de la estratificación y de las diferentes formas de apropiación topológica del espacio siempre y cuando se le considere como un sistema relativamente estable de percepciones del ambiente, de tal manera que al ser lugar y ámbito de la práctica social se forma en un producto de la sociedad, en un espacio social multidimensional.

El barrio sería la mínima diferencia entre espacios sociales múltiples y diversificados, ordenados por las instituciones y los centros activos. Sería el punto de contacto más accesible entre el espacio geométrico y el espacio social, el punto de transición entre uno y otro; la puerta de entrada y salida entre espacios cualificados y espacio cuantificado, el lugar donde se hace la traducción (para y por los usuarios) de los espacios sociales (económicos, políticos, culturales, etc.) en el espacio común, es decir geométrico.¹⁶

El barrio, al ser diferenciado de esta manera, nos presenta otra dimensión del espacio ahora concebido socialmente y dadas las características multilaterales que de él derivan —sobre todo al tratar de ser traducido, apropiado, producido, o transformado para y por los usuarios— se hace más compleja la construcción de este espacio urbano y pone de relieve el conjunto de relaciones establecidas entre los diversos espacios sociales del fenómeno urbano, las cuales en ocasiones se presentan de manera ambigua y contradictoria, de ahí la dificultad de traducir, convertir y mantener al barrio como espacio común y más aún cuando “el espacio social no coincide, con el espacio geométrico; este último, homogéneo, cuantitativo, es sólo



Maurits Cornelius Escher, *Relatividad*, litografía, 1953.

el común denominador de los espacios sociales diferenciados, cualificados”¹⁷

De ahí la importancia de destacar la admisión social del espacio, puesto que a partir de las formas como los habitantes de la ciudad construyen su espacio social es posible comprender las formas en que se relaciona con el espacio físico hasta ir conformando, en el tiempo, un espacio urbano, un barrio.

Desde este punto de vista, el análisis de una topología social puede partir de la representación del

mundo social en forma de espacio (de varias dimensiones) construido sobre la base de principios de diferenciación o distribución constituidos por el conjunto de las propiedades que actúan en el universo social en cuestión es decir, las propiedades capaces de conferir poder a quien las posea con fuerza en ese universo. Los agentes y grupos de agentes se definen entonces por sus posiciones relativas en ese espacio [...] La posición de un agente determinado en el espacio

social puede definirse entonces por la posición que ocupa en los diferentes campos, es decir, en la distribución de los poderes que actúan en cada uno de ellos; estos poderes son ante todo el capital económico —en sus diversos espacios—, el capital tal cultural y el social, así como el capital simbólico.¹⁸

Bourdieu también señala que la topología social implica un *analysis situs* (Leibniz), un análisis de las posiciones relativas y de las relaciones objetivas entre esas posiciones, relaciones de proximidad, de vecindad o de distancia; así tenemos que al comparar el espacio social con el espacio geográfico nos dice que

por más que se observe casi por todas partes una tendencia a la segregación en el espacio, las personas próximas en el espacio social tienden a encontrarse próximas —por elección o por la fuerza— espacio geográfico, las personas próximas en el espacio social tienden a encontrarse, entrar en interacción por lo menos en forma

¹⁵ Christian Norberg-Shulz, *Op. cit.*, p. 20.

¹⁶ Henri Lefebvre, *Op. cit.*, p. 201.

¹⁷ Henri Lefebvre, *Op. cit.*, p. 200.

¹⁸ Pierre Bourdieu, *Sociología y Cultura*, Grijalbo, 1990, México, pp. 282-283.

breve o intermitente, en el espacio físico.¹⁹

Así tenemos que las posibilidades de generar un barrio (o vida de barrio), como espacio de un estilo de vida, estará sujeto a tales condiciones, y más aún si

el espacio social está construido en forma tal que los agentes que ocupan en él posiciones semejantes o vecinas son situados en condiciones y sometidas a condicionamientos semejantes, y tienen todas las posibilidades de tener disposiciones e intereses semejantes, de producir por lo tanto prácticas semejantes.²⁰

Una de las principales dificultades que impide la generación de barrios es originada por la desigual distribución de las diversas formas de acumulación de capital, ya que tiende a profundizar las distancias y las diferencias sociales y por tanto de estilos de vida, propiciando así

luchas simbólicas por la producción del sentido común o, más precisamente, por el monopolio de la nominación legítima[...] el capital simbólico no es otra cosa que el capital económico o cultural cuando es conocido y reconocido, cuando es conocido según las categorías de percepción que impone, las relaciones de fuerza tienden a reproducir y a reforzar las relaciones de fuerza que constituyen la estructura del espacio social.²¹

Finalmente, si consideramos el espacio social como un producto de la sociedad, y más específicamente de una sociedad capitalista como la nuestra, entonces las posibilidades de construir, proyectar o producir un espacio urbano estarán limitadas por las diversas formas de acumulación de capital mencionadas, limitando a su vez a dicha sociedad, que tiende a reproducir y a producir contradicciones en el espacio convertido ahora en el lugar de reproducción de las relaciones de producción.

El espacio de la sociedad capitalista pretende ser racional, cuando, de hecho, en la práctica, está comercializado desmigajado, vendido en parcelas. Así es como a la vez es global y pulverizado. Parece lógico y

está absurdamente recortado [...] En el pleno institucional, se percata uno de que la burguesía, clase dominante, dispone de un doble poder sobre el espacio; en primer lugar, a través de la propiedad privada del suelo[...] Y en segundo lugar, a través de la globalidad, a saber, el conocimiento, la estrategia, la acción del Estado propiamente dicho. Existen conflictos inevitables entre esos dos aspectos, y especialmente entre el espacio abstracto (concebido o conceptual, global y estratégico) y el espacio inmediato, percibir, desmigajado y vendido.²²

El espacio urbano, al igual que el barrio, al no escaparse de tales condicionamientos y limitaciones, nos plantean la necesidad de establecer nuevos límites (sociales y físicos) o lugares que tiendan evitar su pulverización, transformando las relaciones de poder dominantes en relaciones de liberación e integración creativa de la sociedad y por tanto de la ciudad como producto material.

El espacio es un producto material en relación con otros elementos materiales, entre ellos los hombres, los cuales contraen determinadas relaciones sociales, que dan al espacio (y a los otros elementos de la combinación) una forma, una función, una significación social.²³

Tratar de darle una expresión formal concreta a dichas relaciones requiere conocer las propiedades materiales contenidas en el espacio urbano, mismas que permiten establecer relaciones físicas entre los diversos objetos materiales, cuyo conjunto de elementos termina por configurar el espacio físico de la ciudad, le dan formas que “no están limitadas en su extensión material, pues se dilatan y modelan el espacio”²⁴, como un “juego recíproco” entre volúmenes, superficies y planos de interpenetraciones entre espacio interior y exterior, privado y público, abierto y cerrado.

Desde este punto de vista, Giedeon subraya que la esencia del espacio está contenida en la multilateralidad y la mul-

tiplicidad de relaciones potenciales, debido a que “el espacio, en la física moderna, es concebido en relación a un punto de vista móvil no como una entidad absoluta y estática del espacio barroco de Newton”²⁵ y apoyándose en los descubrimientos del cubismo en el arte pictórico, nos dice, que los objetos deben ser considerados relativamente, esto es,

desde varios puntos de vista, ninguno de los cuales tiene predominio absoluto. Y en esta dirección de objetos, llega a verlos, simultáneamente, desde todos lados, desde arriba y desde abajo, desde dentro y desde fuera. Su contemplación gira en torno a los objetos, penetrando en su interior. De tal manera, a las tres dimensiones del Renacimiento, que han permanecido como caracteres fundamentales durante tantos siglos. Se ha añadido una cuarta, el tiempo.²⁶

El potencial creativo adquirido a partir de esta interpretación multilateral del espacio físico, nos permite darle forma al espacio urbano, una utopía realizable, si la heterotopía social (espacio social multidimensional) permite mediante intereses comunes, y orientaciones ideológicas comunes, la gestión común del ambiente (topía) significado social y cultural cuyas expresiones de cultura material, como forma urbana que “connota determinadas funciones, y en la medida que las formas del mensaje forman un todo con los materiales que le sirven de soporte del mensaje estético. Y al autosignificarse, a la vez informa no solamente sobre las funciones que promueve y denota, sino también sobre el modo en que ha decidido promoverlas y denotarlas”²⁷, encuentran su manifestación más clara en la escala de barrio, cuyas posibilidades de autosignificación son mayores por sus relaciones de vecindad y proximidad topológicas característica que le permite decantar y a la vez catalizar la cultura de la ciudad, en cultura de barrio.

¹⁹ Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Gedisa, 1988, Buenos Aires p. 130.

²⁰ Pierre Bourdieu, *Idem.*, p. 131

²¹ Pierre Bourdieu, *Idem.*, p. 138

²² Henri Lefebvre, *Espacio y política*, p. 42

²³ Manuel Castells, *La cuestión urbana*, Ed. Siglo XXI, 1976, España, p. 141.

²⁴ Sigfried Giedeon, *Espacio, tiempo y arquitectura*, Dossat, Madrid, 1980, p. 454.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p. 455.

²⁷ Umberto Eco, *La estructura ausente*, Lumen, 1975, Barcelona, p. 368.